

Plaza pública

para la edición del 14 de noviembre de 1995

Electores sobre aviso

Miguel Ángel Granados Chapa

Antes de que se conozcan con precisión las cifras de la intensa jornada electoral de anteayer, ya es posible afirmar que ha despertado una sólida conciencia ciudadana, muy atenta a las circunstancias, puesta sobre aviso de lo que está en juego, más allá de la integración de los órganos ciudadanos. Así se apreció en general, y sobre todo en los casos de Michoacán, Puebla y el Distrito Federal.

En el proceso electoral más completo, el michoacano, donde se pusieron en disputa la gubernatura, el Congreso local y los ayuntamientos, y comparecieron las tres principales fuerza políticas del país casi en semejantes circunstancias, no se puede hacer un balance terminal hasta conocer cómo quedará integrada la legislatura y cuál será el destino final de las alcaldías. Pero con los datos a la mano, la conclusión obvia apunta a una victoria política del Partido Acción Nacional. Allí, quienes deben extraer la elección de las urnas, quienes deben aliviarse del bofetón que les asestaron los votantes, son el PRI y el PRD. Es cierto que el partido gubernamental retuvo el Poder Ejecutivo, pero lo tendrá a un alto costo, pues su porcentaje de votación lo deja situado en una minoría que quizá obligue a una especie de coalición con quien se pueda.

137 NOV 33 10:33 GRANADOS CANPA TEL

Pero la enseñanza más dura, más amarga, es para el partido de Cuauhtemoc Cárdenas. Perder la gubernatura ha implicado mucho más que esa derrota de suyo importante. Ha significado el alejamiento de la oportunidad de ingresar al elenco de los partidos que tienen responsabilidades ejecutivas y, por ende, una disminución del poder político general del cardenismo. Todavía falta conocer la evaluación jurídica y política que ese partido haga del proceso electoral, pero los juicios previos del senador Cristobal Arias sobre la legislación y la autoridad electorales no hacen esperable una impugnación como la que él mismo encabezó en 1992. Por lo tanto, se debe atribuir principalmente a la voluntad de los votantes el resultado del domingo.

Ese resultado adverso al PRD es la respuesta de los miembros de ese partido, y de una importante porción de la sociedad michoacana, a la división interna del partido del sol azteca. La ejemplar contienda por la candidatura, que de haberse resuelto con civilidad hubiera puesto en jaque a los otros partidos, se resolvió en una guerra intestina, provocadora de estragos evidentes, pero cuyo efecto final estaba apenas por comprobarse en las urnas. Ya lo hemos visto. Hay por lo menos dos consecuencias electorales, derivadas de la querrela interna perredista. Por un lado, los simpatizantes del PRD se inclinaron hacia el PAN para expresar su desacuerdo con las prácticas de la corriente por la que habían escogido sufragar desde 1988. Pero por otro lado, y eso implica mayores responsabilidades para ese partido, quizá se corrobore que hubo defecciones de perredistas,

desafectos a la candidatura de Arias, que se abstuvieron o votaron por el PAN. El triunfo panista en la capital, por ejemplo, corresponde a la fuerza que mostró en Morelia el precandidato Roberto Robles Garnica. Y comparaciones más detenidas quizá arrojen como resultado que el mapa de la oposición interna a Arias coincide con el de los avances del PAN, diversos de su recuperación de las zonas en que antaño ejerció influencia.

El PRD deberá asumir este acontecimiento con la madurez que se espera de un partido con tan vasto capital histórico, cuyos militantes han mostrado una extrema abnegación y en cuyos cuadros de dirección figuran algunos de los mejores políticos (mujeres y hombres) de nuestro país. Tendrá que eludir la autocomplacencia que arroja sobre otros las propias culpas, y con mayor razón deberá evitar el catastrofismo y la autodenigración. Puesto que la victoria tiene muchos padres y la derrota es huérfana, cundirá la tentación de salvar la propia piel con perjuicio del esfuerzo colectivo. Por mayor que fuera la carga significativa colocada sobre la batalla de Michoacán, el PRD no se agotó en ella.

En Puebla el bofetón dio en la mandíbula al gobierno encabezado por el ex secretario de Gobernación Manuel Bartlett. Su campaña personal en favor del PRI sufrió un serio descalabro con la pérdida de municipios donde era impensable un triunfo de Acción Nacional. La derrota del PRI en la capital es emblemática de este golpe a la prepotencia del gobernador, porque contra el candidato panista Gabriel

Hinojosa se emplazaron principalmente las baterías de Bartlett. Aparte sus móviles políticos de mayor alcance, la batida del gobernador contra los consejeros Santiago Creel y José Agustín Ortiz Pinchetti era parte de su campaña personal contra el PAN de la capital poblana. Y los electores sobre aviso desafiaron de esta ejemplar manera una voluntad autoritaria, y le hicieron morder el polvo.

Es verdad que la victoria urbana panista en Puebla parece parte, tan solo, del fenómeno generalizado que ya condujo al PAN a gobernar una docena de capitales de estado, a las que ahora se agregan las esperadas de Puebla y Culiacán y las menos obvias de Oaxaca y Morelia. Pero al hecho de que Acción Nacional aparezca de más en más como la opción que permite a los votantes desembarazarse del PRI sin entrar en zonas que se les anuncian como turbulentas, se ve estimulado por acciones como las del organizador de las elecciones de 1988. Ahora como entonces, acudió a fallas atribuibles a la técnica para esconder la dimensión de sus pérdidas, que en su caso lo son al mismo tiempo electorales y políticas.

El caso de las elecciones para integrar los consejos delegaciones en la ciudad de México amerita un análisis detenido. Pero ya hoy puede asegurarse que, salvo el regente Oscar Espinosa Villarreal, todo el mundo piensa que se trató de un gran fracaso. Los votantes capitalinos, con su ausencia, dieron la espalda a la manipulación de que quisieron hacerlos víctimas sus gobernantes.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Electores sobre aviso

La jornada electoral del domingo osciló desde la gravedad de la muerte violenta en Oaxaca, hasta el ánimo ligero que genera chistes como que el PAN ganó también en Guatemala o que el PRI se descapitaliza. Lo cierto es que ese día actuaron votantes con la conciencia alerta.



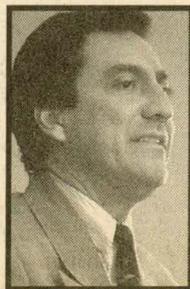
ANTES DE QUE SE CONOZCAN CON PRECISIÓN LAS cifras de la intensa jornada electoral de anteaer, ya es posible afirmar que ha despertado una sólida conciencia ciudadana, muy atenta a las circunstancias, puesta sobre aviso de lo que está en juego, más allá de la integración de los órganos ciudadanos. Así se apreció en general, y sobre todo en los casos de Michoacán, Puebla y el Distrito Federal.

En el proceso electoral más completo, el michoacano, donde se pusieron en disputa la gubernatura, el Congreso local y los ayuntamientos, y comparecieron las tres principales fuerza políticas del país casi en semejantes circunstancias, no se puede hacer un balance terminal hasta conocer cómo quedará integrada la Legislatura y cuál será el destino final de las alcaldías. Pero con los datos a la mano, la conclusión obvia apunta a una victoria política del Partido Acción Nacional. Allí, quienes deben extraer la elección de las urnas, quienes deben aliviarse del bofetón que les asestaron los votantes, son el PRI y el PRD. Es cierto que el partido gubernamental retuvo el Poder Ejecutivo, pero lo tendrá a un alto costo, pues su porcentaje de votación lo deja situado en una minoría que quizá obligue a una especie de coalición con quien se pueda.

Però la enseñanza más dura, más amarga, es para el partido de Cuauhtémoc Cárdenas. Perder la gubernatura ha implicado mucho más que esa derrota de suyo importante. Ha significado el alejamiento de la oportunidad de ingresar al elenco de los partidos que tienen responsabilidades ejecutivas y, por ende, una disminución del poder político general del cardenismo. Todavía falta conocer la evaluación jurídica y política que ese partido haga del proceso electoral, pero los juicios previos del senador Cristóbal Arias sobre la legislación y la autoridad electorales no hacen esperable una impugnación como la que él mismo encabezó en 1992. Por lo tanto, se debe atribuir principalmente a la voluntad de los votantes el resultado del domingo.

Ese resultado adverso al PRD es la respuesta de los miembros de ese partido, y de una importante porción de la sociedad michoacana, a la división interna del par-

tido del sol azteca. La ejemplar contienda por la candidatura, que de haberse resuelto con civilidad hubiera puesto en jaque a los otros partidos, se resolvió en una guerra intestina, provocadora de estragos evidentes, pero cuyo efecto final estaba apenas por comprobarse en las urnas. Ya lo hemos visto. Hay por lo menos dos consecuencias electorales, derivadas de la querrela interna perredista. Por un lado, los simpatizantes del PRD se inclinaron hacia el PAN para expresar su desacuerdo con las prácticas de la corriente por la que habían escogido sufragar desde 1988. Pero por otro lado, y eso implica mayores responsabilidades para ese partido, quizá se corrobore que hubo defecciones de perredistas, desafectos a la candidatura de Arias, que se abstuvieron o votaron por el PAN. El triunfo panista en la capital, por ejemplo, corresponde a la fuerza que mostró en Morelia el precandidato Roberto Robles Garnica. Y comparaciones más detenidas quizá arrojen como resultado que el mapa de la oposición interna a Arias coin-



Difícilmente
podría el senador
Cristóbal
Arias
reproducir las
movilizaciones

que encabezó en 1992,
cuando se declaró despojado
de su victoria, porque ahora
las condiciones del proceso
electoral, avaladas
por él mismo, fueron menos
groseras que entonces.

cide con el de los avances del PAN, diversos de su recuperación de las zonas en que antaño ejerció influencia.

El PRD deberá asumir este acontecimiento con la madurez que se espera de un partido con tan vasto capital histórico, cuyos militantes han mostrado una extrema abnegación y en cuyos cuadros de dirección figuran algunos de los mejores políticos (mujeres y hombres) de nuestro país. Tendrá que eludir la autocomplacencia que arroja sobre otros las propias culpas, y con mayor razón deberá evitar el catastrofismo y la autodenigración. Puesto que la victoria tiene muchos padres y la derrota es huérfana, cundirá la tentación de salvar la propia piel con perjuicio del esfuerzo colectivo. Por mayor que fuera la carga significativa colocada sobre la batalla de Michoacán, el PRD no se agotó en ella.

En Puebla el bofetón dio en la mandíbula al gobierno encabezado por el ex secretario de Gobernación Manuel Bartlett. Su campaña personal en favor del PRI sufrió un serio descalabro con la pérdida de municipios donde era impensable un triunfo de Acción Nacional. La derrota del PRI en la capital es emblemática de este golpe a la prepotencia del gobernador, porque contra el candidato panista Gabriel Hinojosa se emplazaron principalmente las batallas de Bartlett. Aparte sus móviles políticos de mayor alcance, la batida del gobernador contra los consejeros Santiago Creel y José Agustín Ortiz Pinchetti era parte de su campaña personal contra el PAN de la capital poblana. Y los electores sobre aviso desafiaron de esta ejemplar manera una voluntad autoritaria, y le hicieron morder el polvo.

Es verdad que la victoria urbana panista en Puebla parece parte, tan sólo, del fenómeno generalizado que ya condujo al PAN a gobernar una docena de capitales de estado, a las que ahora se agregan las esperadas de Puebla y Culiacán y las menos obvias de Oaxaca y Morelia. Pero al hecho de que Acción Nacional aparezca de más en más como la opción que permite a los votantes desembarazarse del PRI sin entrar en zonas que se les anuncian como turbulentas, se ve estimulado por acciones como las del organizador de las elecciones de 1988. Ahora como entonces, acudió a fallas atribuibles a la técnica para esconder la dimensión de sus pérdidas, que en su caso lo son al mismo tiempo electorales y políticas.

El caso de las elecciones para integrar los consejos delegaciones en la ciudad de México amerita un análisis detenido. Pero ya hoy puede asegurarse que, salvo el regente Oscar Espinosa Villarreal, todo el mundo piensa que se trató de un gran fracaso. Los votantes capitalinos, con su ausencia, dieron la espalda a la manipulación de que quisieron hacerlos víctimas sus gobernantes.